

Duanys Hernández
Torres

*Revolución cubana,
béisbol y nación*

P

ara los nacidos en Cuba «la pelota», como la llamamos en buen cubano, es más que un juego, es identidad nacional, es como el café, el son, el tabaco y la caña, nos distingue en el mundo, forma parte de nuestra cultura, expresa valores sociales, dispara los estados de ánimo, lo mismo hacia arriba que hacia abajo». ¹ Este deporte es capaz de paralizar el país y las derrotas del equipo cubano en los principales eventos internacionales generan una serie de polémicas en las que todos participan.

A su vez, toda la fuerza que encarna el béisbol en Cuba es un ejemplo claro de lo que puede lograr un país sometido a diferentes limitaciones. El reverendo Raúl Suárez cree que no hay mejor ejemplo de cómo se pueden sacar más y mejores resultados de un escenario sometido a límites estrictos, que el que nos brinda el manejo del béisbol. ² Se pregunta esta figura religiosa — aparentemente sin vínculo alguno con este deporte, por sus concepciones —, qué nos enseña la pelota con respecto a la dinámica del consenso social y político en la transición socialista

¹ Oscar Sánchez Serra: «La pelota nos invita a pensar en ella», *Granma*, 27 de marzo de 2009, p. 15.

² Ver Marianela Martín y Alina Perera: «Echando anclas en la tempestad (I)», *Juventud Rebelde*, 12 de julio de 2009, pp. 4-5.

cubana, a los conflictos que lo atraviesan y a las políticas efectivas aplicables a su prevención y acompañamiento.

Estas contradicciones y políticas que suscita el béisbol se caracterizan por afectar a todos los grupos sociales, no a una partícula de estos, y abarcar todo el territorio nacional, aunque sus actores protagónicos se despliegan con dinámicas propias a diversos niveles (local, provincial, nacional). El juego constituye una actividad muy técnica y sujeta a reglas complejas, pero no está secuestrado por expertos sino sometido al juicio público. Se debate de modo intenso, crítico y democrático en la esfera pública. Su premisa esencial es que «perdedores» y «ganadores» solo lo son temporalmente.

El juego, además, está sometido a las normas de un pacto social, que no se rompe porque existan «ganadores» y «perdedores» circunstanciales, pues se basa en la búsqueda conjunta de un resultado cualitativo más alto para todos. Constituye una prioridad política cuya atención no se limita a las instituciones de un sector del Estado o el sistema político, sino a un amplio espectro y a todos los niveles. Aunque se expresa en un conflicto a menudo dramático, su efecto último fortalece la unidad y la defensa de los colores nacionales.

Culmina planteando el reverendo Suárez que ese modelo participativo, descentralizado, flexible, democrático, sometido al juicio popular y a un debate crítico real, regido por reglas estrictas que no se cambian ni se transgreden, donde los intereses propios de cada equipo no están reñidos con el de todos ni la cantidad se consigue a costa de la calidad, quizás sea la razón por la cual tenemos un juego de pelota a nivel mundial. Podemos perder, naturalmente, y de hecho hemos perdido, pero nos recuperamos rápidamente, porque las fallas del sistema —no solo sus responsables individuales— se identifican públicamente, y buscamos soluciones viables entre todos.

A partir del triunfo de la Revolución Cubana los enfrentamientos frente a los norteamericanos se han convertido en una batalla donde lo nacional adquiere matices elevados. El béisbol no escapó a la guerra iniciada por Estados Unidos contra Cuba después del triunfo revolucionario de enero de 1959. El 26 de julio de 1959, coincidiendo con la celebración de la fecha patriótica, se celebró un juego de la categoría Triple A entre los Cuban Sugar Kings y Alas Rojas de Rochester. Muchos campesinos fue-

ron invitados a la capital para conmemorar la importante fecha y el Ejército Rebelde compró 10 000 entradas para que ellos, junto a los rebeldes, asistieran al partido. En la euforia de la celebración, cerca de la medianoche, se dispararon tiros al aire y, según se dijo, una bala al descender rozó a Frank Verdi, del Rochester, coach de tercera base, y otra a Leo Cárdenas, torpedero de Cuba. Los jueces suspendieron el encuentro y este incidente provocó que George Sisler, gerente del Rochester, declarara que no jugaría más en Cuba. El dirigente norteamericano no tuvo en cuenta las disculpas ofrecidas por el Director General de Deportes, Felipe Guerra Matos, y las explicaciones brindadas por *Bobby Maduro*, dueño de los Cuban Sugar Kings. Unos días antes del encuentro, el 21 de julio, un periodista que cubría para el diario *Rochester Democrat and Chronicle* manifestaba:

El domingo 26 de julio, fecha de aniversario de la revolución, promete ser excitante si no azaroso. El jefe Castro ha llamado a 50 000 ciudadanos a invadir La Habana desde las provincias y viajar con sus machetes. El sentimiento general de los cubanos es que los americanos son hipercríticos del gobierno revolucionario en una medida tal que un poco de ron y afilados machetes empuñados, pueden crear un serio incidente internacional.³

El escritor Howard Senzel plantea en su investigación que Estados Unidos investigó el incidente y llegó a sospechar que fue preparado, y que se había exagerado su importancia. El 5 de septiembre de 1959, tratando de boicotear el campeonato, Frank Horton, presidente del Rochester, anunciaba que no volvería a Cuba, y otros seis clubes lo imitaron. La Revolución brindó todo su apoyo a los Cubans. El equipo cubano ganó la Pequeña Serie Mundial el 6 de octubre de 1959 al vencer al Minneapolis. Sin embargo, el 8 de julio de 1960 el Secretario de Estado norteamericano Christian Verter presionó a Ford Frick, comisionado de las Grandes Ligas, y se decidió transferir la franquicia cubana de La Habana a Jersey City porque «el clima en Cuba ya no es saludable para nuestro pasatiempo nacional».⁴

³ Howard Senzel: *Baseball y la Guerra Fría*, Harcourt Brace Jovanovich, USA, 1977, p. 76, citado por Gabriel Molina: «Béisbol y Guerra Fría (IV)», *Granma*, 18 de noviembre de 2010, p. 4.

⁴ Ídem.

El gobierno cubano y el dueño del club protestaron planteando que la presencia de la franquicia cubana brindaba la verdadera característica internacional de la Liga. Todo fue inútil y el plan orquestado funcionó. Esta medida se produjo al mismo tiempo que Eisenhower despojó a Cuba de su cuota azucarera en el mercado internacional. Se le prohibió a los peloteros norteamericanos jugar en los campeonatos invernales cubanos o jugar en nuestro país como miembros de otros equipos. Cuba respondió eliminando todas las actividades profesionales vinculadas al deporte con la creación del Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación (INDER).

Otro ejemplo donde se entrelazan el béisbol y la Revolución Cubana ocurrió durante el Campeonato Mundial celebrado en Costa Rica en abril de 1961. El equipo cubano se encontraba en plena competencia cuando los norteamericanos invadieron Cuba por Playa Girón. Los peloteros cubanos manifestaron su decisión de abandonar la competencia y regresar a defender a su país. Sin embargo desde Cuba se les aconsejó que terminaran el evento, y ganaron convincentemente. En este Mundial se destacaron figuras que después serían entrenadores legendarios del béisbol revolucionario como Pedro Chávez y José Miguel Pineda. A partir de este evento Estados Unidos comenzó a comprar a peloteros cubanos para que jugaran en el béisbol profesional en equipos de Grandes Ligas y firmaron a los cubanos Dagoberto Campaneris y Antonio Oliva.

A lo largo de estos años, grandes peloteros se ganaron el respeto de todos los cubanos y pasaron a la historia del país como verdaderos mitos nacionales. Adquirieron, incluso, el apelativo de héroes, como ocurrió con Gaspar Pérez, *El Héroe de Quisqueya*; José Antonio Huelga, *El Héroe de Cartagena*; y Lourdes Gourriel, *El Héroe de Parma*. Estos jugadores decidieron con sus actuaciones memorables varios partidos dramáticos frente a los norteamericanos en los mundiales de béisbol desarrollados en República Dominicana en 1969, en Colombia en 1970, y en Italia en 1988, respectivamente.

Otras victorias memorables por la connotación que tuvieron fueron las alcanzadas por Cuba frente a Estados Unidos en los Juegos Panamericanos de Indianápolis, en el año 1987, y en La Habana en 1991. La primera, porque se logró en suelo norteamericano, frente al mismo equipo que se venció en Parma en el

año 1988; además esta era una selección cuajada de grandes prospectos que después brillaron en el béisbol rentado. La segunda, porque se efectuaba en el evento deportivo más importante que ha celebrado Cuba y bajo difíciles condiciones económicas. Esta cerrada victoria, tres carreras por dos, coronada con la excelente jugada del torpedero Germán Mesa que dio inicio a un *doble play* salvador, contribuyó a que Cuba, por única vez en la historia, desplazara a Estados Unidos al segundo lugar en el medallero de los juegos.

Una victoria muy importante fue la alcanzada frente a Japón en los Juegos Olímpicos de Atlanta 1996 cuando se disputaba la medalla de oro. Aunque no fue frente a Estados Unidos, esta medalla fue histórica porque se celebraban los juegos que conmemoraban el centenario olímpico y en territorio estadounidense. Ocurrieron varias explosiones en el Parque Olímpico durante el evento, y los jugadores cubanos eran constantemente perseguidos por los cazadores de talentos.

Paradójicamente, la hazaña deportiva que más exaltó al béisbol cubano y reafirmó los sentimientos nacionales después del triunfo revolucionario no fue la obtención de un metal áureo, sino la medalla de plata conseguida en el Primer Clásico Mundial celebrado en 2006. Por primera vez, después de la eliminación del profesionalismo en el año 1961, un equipo cubano se enfrentaba a los mejores jugadores de béisbol del mundo que representaban a sus países de origen. La excelente calidad del béisbol cubano se puso de manifiesto en este evento al eliminar a equipos con grandes figuras del profesionalismo como Puerto Rico y República Dominicana. La selección cubana solo perdió el partido final frente al fuerte equipo de Japón.

Cuando se pierde contra algún equipo de Estados Unidos en un evento internacional los sentimientos nacionalistas se disparan, y el desánimo estremece al país. Verdadera conmoción nacional provocó en Cuba la derrota en la final de los Juegos Olímpicos celebrados en Sydney en el año 2000, imagen que perdura por una serie de errores estratégicos cometidos y por la pobre actuación del equipo cubano frente al hasta entonces desconocido lanzador estadounidense Ben Sheets. Además fue la primera medalla de oro que se le escapaba a Cuba en el béisbol olímpico, tras obtener las coronas de las citas celebradas en Barcelona 1992 y en Atlanta 1996.

Este descalabro se repitió en los últimos Juegos Olímpicos donde compitió el béisbol, Beijing 2008, esta vez frente al equipo de Corea del Sur, y donde se repitieron concepciones estratégicas erradas. Otros juegos que han dejado un sabor muy amargo para todos los cubanos son los acontecidos en los últimos campeonatos mundiales celebrados en 2007, en Taiwán, y en 2009 en varios países europeos. En estos eventos se perdieron, sumando ambas competiciones, tres encuentros frente a las huestes norteamericanas.

No pudo repetir Cuba su actuación en el Segundo Clásico Mundial, en 2009, y allí cayó en dos ocasiones frente a Japón, que terminó coronándose nuevamente. Estas derrotas pusieron de luto al país porque los aficionados esperaban una actuación como la precedente, la versión de 2006.

Tampoco pudo imponerse Cuba a la selección de Holanda en la última versión de la Copa del Mundo celebrada en Panamá en octubre de 2011,⁵ y cayó nuevamente en el partido final. Por si fuera poco, una semana después, en los XVI Juegos Panamericanos celebrados en Guadalajara, la misma selección cubana volvía a perder en semifinales frente al equipo de Estados Unidos, y terminaba con la medalla de bronce. Con esta derrota se rompía una cadena implantada desde los juegos celebrados en Cali en 1971. El equipo Cuba llevaba cuarenta años discutiendo la final panamericana en el béisbol.

Estas derrotas agudizaron la crisis en la que se encuentra sumido el béisbol cubano, carente de triunfos en el escenario internacional. El pueblo anhela que su deporte nacional retorne a planos estelares y que los títulos aparezcan para borrar la pálida imagen que tiene el béisbol cubano en la actualidad.

El béisbol constituye un claro ejemplo de la relación deportenación en Cuba y los diversos hechos a lo largo de la historia se encargan de confirmarlo.

⁵ A partir de 2013 la IBAF alterna cada dos años el Clásico Mundial con una justa denominada Premier 12, en la que participan los doce primeros lugares del Clásico Mundial que la precede. Las llamadas Copas del Mundo se celebran en las edades escolares y juveniles, y en la categoría de menores de 23 años.